

Caída libre

Un cielo extrañamente plomizo auguraba que el primer día de verano no traería nada bueno. Mientras daba gas a mi Vespa, comprobé que Barcelona estaba casi desierta aquel lunes por la mañana. Gracias a eso tardé diez minutos menos de lo habitual en llegar a los estudios de radio.

Después de una accidentada investigación sobre una fórmula secreta de Einstein,* había recuperado mi trabajo de guionista *free-lance* en uno de los programas con menos audiencia de las ondas. *La Red* no lograba atrapar a más de treinta y cinco mil fieles en todo el país, pese a emitirse a una hora inmejorable de la noche: justo antes del magacín de fútbol.

El móvil empezó a vibrar en mi bolsillo, pero estaba tan preocupado por aquella reunión que no quise detenerme para contestar. En lugar de eso, seguí acelerando hacia un lugar donde sabía que me esperaban malas noticias. Nunca me habían convocado un lunes y la anunciada presencia del gerente sólo podía significar dos cosas: o me fichaban en plantilla —algo insólito en época de recortes— o estaba a punto de perder el trabajo.

* Véase *La última respuesta*.

Faltaba un cuarto de hora para las diez cuando llegué a las puertas de la radio. Hernán, el conductor del programa, sostenía un cigarrillo con expresión amargada.

—No sabía que habías vuelto a fumar —le saludé.

—Pues ya ves. Fumarte un pitillo es lo menos que puedes hacer cuando todo se hunde a tu alrededor. Debe de haber un gran agujero en la red, porque estamos en caída libre. Dirección dice que la ciencia divulgativa ha dejado de interesar. Al menos como programa diario.

Yvette, la productora del programa, salió a la calle y me desafió con su mirada penetrante.

—Haces cara de cordero degollado. ¿Por qué no aplicas el pensamiento positivo? —Se burló—. Si entras con ese careto en la reunión convencerás al gran jefe para que nos acabe de fulminar, aunque tengo buenas noticias...

—¿De verdad? —dijo Hernán apagando la colilla contra la pared—. ¿Qué has oído?

—No se cargarán el programa. Todavía no.

Mientras yo respiraba aliviado, por la puerta de cristal asomó un barbudo con aspecto de hipertenso.

—Sólo tengo cinco minutos —dijo el gerente—. Entrad ya y acabemos con esto.

Hernán le siguió con expresión sumisa mientras la jefa de producción parecía divertirse con aquella situación. Quizás le traía sin cuidado que la echaran.

Tal como se había anunciado, la reunión fue despachada en un santiamén. El programa se mantendría en septiembre, eso sí, pero de cinco días por semana pasaba a emitirse sólo el sábado y a una hora intempestiva: a las dos de la madrugada.

Hernán e Yvette, que tenían contrato indefinido en la casa, serían recolocados en informativos el resto de los días.

Por mi parte, de mileurista pasaría a cobrar 200 euros al mes. Y no tenía más colaboraciones aquel mes de junio.

Salí del despacho tocado de muerte. Busqué en la pantalla de mi móvil algún mensaje esperanzador que me compensara de aquella hecatombe, pero sólo encontré la llamada que había recibido mientras me dirigía a la picota.

Era un número de móvil desconocido y no había ningún mensaje en el buzón de voz, así que me desprecupé.

Di gas a la moto para arrastrar el alma por el asfalto, camino de casa.

A mis cuarenta y dos años, había vivido suficiente para saber que los días que empiezan mal ya no se enderezan. Hay que dejarlos morir y esperar que el siguiente amanecer tenga un signo más benévolo.

Mientras cargaba una cápsula de Vivalto en la Nespresso, algo me dijo que la cosa no terminaba allí. Miré con desconfianza el portátil sobre la mesa. Tras el palo que acababa de recibir, no tenía estómago para digerir una mala noticia más, así que dejé el correo electrónico para más tarde.

Con el café en la mano, me desplomé sobre el sofá y encendí el televisor para evadirme de aquel estrecho comedor para gnomos. Tenía en el reproductor de DVD *Vivir rodando*. Esta película de quien fuera director de fotografía de Jim Jarmusch narra la filmación imposible de una escena. Con cada intento sucede algo distinto en el plató que impide llevarla a buen término.

Más o menos ésa era mi historia. Después de veinte años haciendo guiones para todo el mundo —ahora ya para casi nadie—, no tenía un guión para mi propia vida.

El teléfono vibró en mi bolsillo con la entrada de un men-

saje. Comprobé con antipatía que era el mismo número desconocido de la mañana. Había enviado un SMS que me dejó perplejo:

Por favor.

Nada más.

Era como si la persona hubiera tenido que interrumpir, por algún motivo, el mensaje que pensaba teclear.

Volví a la película totalmente desconcentrado, aunque tampoco se podía decir que *Vivir rodando* tuviera un argumento.

El teléfono volvió a vibrar. Al mirar la pantalla, encontré otro mensaje del mismo remitente:

Usted no sabe quién soy, pero necesito que hablemos.
¿Ha visto mi correo?

«Malo», me dije mientras apagaba el televisor.

Fui al portátil esperando el aviso de una antigua deuda o cualquier otra amenaza que acabara de dinamitar aquel lunes.

El correo, que tenía como remitente una combinación de nombres y números, sólo contenía el link a una noticia.

Al abrirla, sentí cómo se me erizaba la piel de la nuca. Supe que aquella breve nota de prensa traería consecuencias.